

# LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD EN LA CULTURA LATINOAMERICANA \*

Luis Villoro

Universidad Nacional Autónoma de México

La cultura en los países de América Latina no es una sino múltiple. Antes de su conquista por los europeos, América era la sede de diversas culturas, algunas muy alejadas entre sí. Entre las tribus nómadas cazadoras y los grandes Estados teocráticos había enormes diferencias, no menos que entre las culturas mesoamericanas y las andinas. La civilización de la península ibérica, por su parte, en el siglo XVI, era resultado de la conjunción de varias corrientes culturales que aún dejaban sentir sus huellas. América Latina ha sido un crisol donde se han mezclado las más diversas culturas. No podemos, por lo tanto, hablar de la cultura latinoamericana. Tenemos que circunscribir nuestro objeto. Hablaremos de la cultura hegemónica ligada a la formación de las distintas naciones. Se trata de una forma de cultura entre otras; sus agentes son las elites culturales; su causa ya la vez su efecto es el Estado-Nación.

Otra delimitación: aunque no aparte la mirada del conjunto de las naciones que compusieron la América Latina, me ocuparé con preferencia de México, por ser la que conozco mejor.

Si queremos destacar un rasgo característico que fuera común a las distintas culturas nacionales podríamos fijarnos en uno: la búsqueda de una identidad colectiva. Las culturas latinoamericanas comparten este rasgo con otras culturas nacionales, en las cuales existe la conciencia de su dependencia de culturas extranjeras: es el caso de los países que sufrieron colonización, ante todo, como varios países de África y Asia, pero también de naciones que, en un momento determinado, se percataron de su situación marginada, como sucedió en España o en Rusia en el siglo XIX.

La identidad colectiva es una noción vaga. En términos generales podríamos definirla como la imagen con que un pueblo se identifica para dar unidad

y permanencia a su vida colectiva. Sería lo que un sujeto se representa cuando se reconoce a sí mismo o reconoce a otra persona como miembro de ese pueblo. Se trata de ciertos rasgos culturales que constituyen una representación compartida por la mayoría de los miembros de un pueblo, que constituiría un “sí mismo” (*Selbs, self*) colectivo. Estos rasgos consisten en un modo de sentir, comprender, expresar y actuar en el mundo, que se manifiestan en los elementos objetivos de una cultura.

En los países de culturas dependientes, hay la tendencia a verse a sí mismos como creen que se les ve desde la cultura dominante. Frente a la mirada ajena es indispensable entonces forjar una representación de nosotros mismos que nos asegure de nuestro verdadero valor. El encuentro de una identidad establecería la singularidad de un pueblo y, a la vez, dotaría de sentido a su continuidad histórica, al veda a la luz de la imagen que podemos reconocer como propia.

La búsqueda de la identidad cultural es, en ocasiones, una actividad propositiva y consciente de una elite intelectual, pero las más de las veces no se manifiesta como un fin expresamente querido. Si las creaciones culturales son auténticas expresarán, aún de manera inconsciente, necesidades propias de una sociedad y mostrarán el rostro que se quiere verdadero, en oposición al que aparece ante la mirada de la cultura ajena dominante; entonces podremos reconocer en esas creaciones una identidad cultural.

En la búsqueda de la identidad se entreveran tres factores:

1.- La tradición, es decir, el conjunto de creencias, valoraciones, formas de vida, instituciones, heredadas del pasado. No es la perpetuación de un legado fijo, sino la trasmisión de un estilo de vida. Puede ser asumido como identidad propia, pero también modificado o negado según los fines que se elijan. Es así susceptible de variadas interpretaciones y valoraciones.

2.- La situación histórica: por una parte, las distintas manifestaciones culturales que de hecho se expresan en un momento dado; por otra parte, las necesidades colectivas que tratan de satisfacer, así sea parcialmente, esas manifestaciones culturales. La situación está imbuida de tradición pero puede desviarse de ella según las circunstancias que generan necesidades nuevas.

3.- El proyecto elegido, esto es, los fines y valores deseados, que configuran una imagen ideal, orientan la manera de ver la realidad y de actuar sobre ella.

Los proyectos responden a intereses, a cuya luz se interpreta la tradición y se intenta satisfacer los reclamos de la situación histórica. Las innovaciones culturales pueden comprenderse al estudiar, en cada caso, la relación entre esas tres variables.

Echemos pues un vistazo a la historia de las culturas latinoamericanas bajo un punto de mira: la búsqueda de la identidad. Podríamos detectar tres momentos en su curso. Los tres no están delineados con precisión; antes bien, se sobreponen e imbrican entre ellos y coexisten parcialmente durante largos períodos.

### 1) La cultura derivada

El primer momento consiste en la configuración de rasgos diferenciados de cultura, derivados de la matriz hispánica. Aparecen, desde la segunda mitad del siglo XVI en la clase criolla; no afectan a los viejos pueblos indios que tratan de adaptar sus propias formas culturales a la nueva, traumática, circunstancia. La cultura criolla naciente no se distancia de la cultura hispánica; sin embargo la lejanía de la metrópoli y las necesidades nuevas de las colonias propician una diversificación de muchas formas culturales europeas; sin desprenderse de la matriz española, empiezan a expresar aspiraciones propias. Las innovaciones parciales comienzan a esbozar los rasgos de una identidad diferenciada.

Podríamos intentar resumir algunos de esos rasgos:

1.- La élite criolla llega a encontrar su mejor forma de expresión en un estilo que no es más que una derivación de forinas europeas: el barroco americano. Por su exhuberancia, riqueza y fantasía tiene un carácter específico, donde a veces, la mano de obra indígena añade su propio toque. La arquitectura, las artes plásticas, la literatura imprimen, en ese estilo, un sello peculiar (Sigüenza y Góngora, por ejemplo, Sor Juana Inés).

2.- La colonia vive una profunda y renovada religiosidad. Utopías religiosas y sociales, sin romper con la ortodoxia, tratan de revivir un cristianismo primitivo, ajeno a las lacras de la Iglesia (recordemos a los franciscanos del XVI, a Vasco de Quiroga, a los jesuitas del XVIII). Por otra parte, subsisten

en la penumbra formas sincréticas de creencias y prácticas, donde la religiosidad politeísta indígena se funde con el catolicismo.

3. - En el siglo XVIII la cultura criolla se abre a una aceptación –bien prudente, es cierto— de una modernidad que pueda integrarse, sin ruptura, con la tradición (Francisco]. Alegre, Francisco]. Clavijero, Hipólito Unanue, Antonio Alzate). Podríamos hablar de un movimiento ilustrado que presenta un sello propio: sigue la renovación neoescolástica, regresa a fuentes hispánicas olvidadas y anhela incorporar ciertas ideas filosóficas y científicas nuevas.

En la primera etapa del pensamiento insurgente, que da lugar a la independencia priva aún esa corriente.

4.- Poco a poco se afirma una imagen de las naciones americanas que se contraponen a la visión europea y reivindica valores propios. A menudo, se vuelve a las culturas indígenas precolombianas. Las convierte en un símbolo ideal de una singularidad que permite diferenciarse de la imagen de América forjada en Europa (Inca Garcilaso, Francisco]. Clavijero).

La cultura derivada no plantea un nuevo proyecto colectivo, en el que las naciones emergentes intentaran reconocerse, pero da el primer paso en el largo camino de la afirmación de una identidad diferenciada.

## **2) La cultura alterada**

Después de la independencia, los rasgos del primer momento continúan en una corriente importante del pensamiento conservador. En esa corriente no se reniega de los valores heredados de la tradición, por el contrario, se ahonda en ellos, aunque se les incorpora ideas derivadas de las culturas modernas, inglesa o francesa. En algunos autores, da lugar a un pensamiento histórico poderoso (Lucas Alamán), en otros, a una concepción filosófica original (Andrés Bello), en algunos más, a una nueva espiritualidad (José E. Rodó).

Pero la corriente predominante es otra. Es el momento de una conversión radical.

La gran tarea histórica es la construcción de los nuevos Estados nacionales. Estos se conciben como asociaciones homogéneas que deben unificar a todos los ciudadanos bajo un poder político único. Para ello, un factor indispensable

es la elaboración de una cultura nacional. Ese objetivo se logrará por dos vías fundamentales: la educación y el nuevo orden jurídico.

Las nuevas naciones deben realizar un proyecto histórico inédito. Una ola de entusiasmo envuelve a generaciones de intelectuales: hay que crear una patria cuyo fin sea la libertad, la ilustración y el progreso, emancipada del dominio de las clases privilegiadas (Juan B. Alberdi, José M.L. Mora, Félix Varela, entre muchos). Los valores proyectados son los contrarios a los que regían en la Colonia; en ella sólo se ve explotación y oscurantismo. Hay que arrojar el arnés de la vieja sociedad. A la emancipación política debe suceder la emancipación mental. La elección del nuevo proyecto tiene un reverso: el rechazo radical de la tradición.

Donde el movimiento de rechazo es más patente es en la esfera jurídica. Bajo la influencia del liberalismo europeo y del republicanismo norteamericano, se promulgan constituciones siguiendo principios abstractos, calcados de las constituciones liberales y difícilmente aplicables a la realidad heredada. La nación debe crearse desde arriba, siguiendo las líneas racionales que un grupo de intelectuales diseñan con rigor. Los nuevos Estados deben surgir de la doble derrota de las viejas clases y de los caudillos populistas; sobre esas ruinas establecerán el orden de la ley. Las nuevas repúblicas son artefactos contruidos; los intelectuales liberales, sus artífices (Juan B. Alberdi, Domingo F. Sarmiento, Benito Juárez). En los creadores de nuevas leyes puede advertirse, sin embargo, un vestigio del pasado: el apego al formulismo legal, el desdén de los usos y costumbres reales. El ordenamiento jurídico no responde a la moralidad social efectiva, que se orienta por valores tradicionales e ignora las virtudes republicanas. La ley planea sobre las costumbres; las formas de gobierno importadas, sobre las relaciones sociales reales. Sólo se acierta a crear, en el discurso, repúblicas ficticias y ciudadanos imaginarios. “Idolatría de las fórmulas, embriaguez del extranjerismo, delirio por el precepto, he aquí las fuentes del inverosímil desequilibrio entre nuestro pueblo y su Estado, nuestras costumbres y la ley”, con esas palabras resume la situación Luis Alberto Sánchez.<sup>1</sup>

La misma tendencia mueve el resto de la cultura. Es un llamado a la conversión, un repudio de lo heredado, una apertura a las culturas que se conciben “modernas”. “Hemos cambiado de maestros”, dirá Sarmiento. La vieja

España se muestra decadente y despreciable, pero tampoco se escucha la voz de los pueblos indios. Si en el momento anterior se esbozaba una preocupación creciente por las culturas precolombinas, al grado de erigir ese pasado en símbolo de identidad, ahora el indio está del todo ausente. Más aún, se le considera una rémora que obstaculiza la edificación de la nueva patria, la nación única y homogénea con la que sueñan los intelectuales liberales y, más tarde, los positivistas. Para forjar esa patria hay que romper tanto los antiguos prejuicios como las formas de vida particulares que aún subsisten.

Se trata ahora de seguir el pensamiento europeo moderno, el anglosajón, sin duda, pero principalmente el francés. La cultura francesa se convierte en modelo. Los países latinoamericanos se llenan de pensadores y artistas afrancesados.

La cultura del siglo XIX y principios del XX reemplaza la dependencia de España por la de Francia e Inglaterra; pero la primera respondía a una realidad histórica, la segunda es producto de una elección libre. Se levanta así una discontinuidad cultural que crea un vacío. Para llenar ese vacío, no queda sino la imitación de formas culturales extranjeras. Samuel Ramos dio con la fórmula: se trataba de una “cultura imitativa”. Lo cual no excluye que, dentro de ese modelo cultural, se den ciertas expresiones valiosas, sobre todo en el campo de la historia, de las ciencias sociales y de las artes. Sin embargo, en esa forma de cultura, la propia identidad tiene que verse como un reflejo de la ajena. Es una cultura pendiente de lo otro, una cultura “alterada”.

### **3) La cultura ensimismada**

Al mismo tiempo que, desde el Estado, las corrientes liberales y positivistas propician una educación, inspirada en Europa y que consideran “moderna”, la presencia de la realidad americana no puede dejar de imponerse. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, empiezan a surgir obras que, por primera vez, expresan la realidad americana con un estilo propio. No tienen una connotación política declarada, anuncian la posibilidad de un arte, de una literatura capaz de poner a la luz características de la propia circunstancia: la grandeza de la naturaleza, la fascinación por la tierra (José M. Velasco); o bien, la vida

del pueblo bajo, sus tristezas, sus anhelos (José Hernández, Ignacio M. Altamirano).

Este encuentro con la realidad natural y social lleva incluso a algunos escritores a plantearse la posibilidad de un pensamiento filosófico adecuado a las circunstancias vividas. Ellos serán precursores de un movimiento por venir (Juan B. Alberdi, José E. Rodó, José V. Lastarria).

Así, aun en la época de una cultura predominantemente imitativa, empieza a dibujarse un temple de ánimo que acabará rompiendo con la actitud de una cultura alterada. Este se volverá del todo consciente, hasta convertirse en programa, en el siglo XX. A la cultura alterada sucederá entonces el propósito expreso de alcanzar una cultura propia. Durante todo el siglo XX se repetirán algunas preguntas: ¿Cuál es nuestro verdadero ser colectivo? ¿Existe una realidad propia que nos singularice debajo de las máscaras con que hemos cubierto nuestro rostro al través de la historia? ¿Qué somos realmente? ¿Somos algo más que un espejo de culturas ajenas?

El intento de descubrir nuestra identidad nace de una reacción contra las formas imitativas y extranjerizantes que caracterizaron la época anterior. Intelectuales y artistas intentan ahora ver su circunstancia sin anteojos prestados. En lugar de aislarse en las clases superiores, tratan de asomarse a la vida del pueblo y de descubrir sus formas de expresarse.

El encuentro con la circunstancia refleja, en la cultura, una transformación social profunda que por entonces sacude a toda la América Latina. Así como el momento cultural anterior correspondía a la constitución de los Estados modernos, éste refleja la crisis del modelo de Estado liberal y la aparición de fuertes movimientos sociales de impulso popular. Sus manifestaciones más radicales son la revolución mexicana de 1910, la boliviana de 1952 y la cubana de 1959; pero otros movimientos sociales sacuden también a los demás países de América Latina. Los períodos de gobiernos populistas se alternan con dictaduras militares; son dos respuestas alternativas a las presiones revolucionarias. En casi todos los países se hace presente el pueblo bajo la dirección de una nueva clase media. A esa presencia corresponde también la consolidación de un nacionalismo de nuevo cuño. No es exclusivamente político; ante las presiones sociales trata de integrar en una unidad las clases opuestas, afianzar el papel regulador del Estado, acercarse a la autosuficiencia y poner obstá-

culos al imperialismo. Para ello es necesario desarrollar una cultura nacional fincada en el descubrimiento de la propia identidad.

Los creadores de cultura vuelven los ojos a su mundo, lo expresan y a la vez configuran una imagen de él en la que puedan reconocerse. La identidad se concibe como algo “propio”, “singular” que constituye a la nación. A la limitación sucede la búsqueda del propio ser, a la alteración, el ensimismamiento.

Este movimiento general puede verse en varios registros.

Se crean formas artísticas que tratan de expresar la realidad en torno, utilizando para ello técnicas universales. Las fuerzas telúricas, la naturaleza salvaje americana cobra, por primera vez, forma literaria (José E. Rivera, Rómulo Gallegos, Carlos Pellicer, Pablo Neruda). Otra literatura se inclina sobre los movimientos sociales que agitan a los desamparados, o bien sobre su drama de soledad y muerte (Mariano Azuela, Jorge Amado, Juan Rulfo). Muchos cuentan la novedad de la patria y su porvenir (Rubén Darío, José Martí). A esta literatura, impregnada de sensibilidad social, se oponen otras manifestaciones que revelan una sensibilidad discreta e íntima, atenta a los latidos del yo personal (Ramón López Velarde, Javier Villaurrutia, Agustín Yañez).

Descubrimientos paralelos en otras artes. Con la reelaboración de melodías y ritmos populares, se inicia un nacionalismo musical original (Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, Héctor Villalobos). En las artes plásticas un extraordinario movimiento de pintura mural traza el panorama de la historia trágica y esperanzada de la nación (Diego Rivera, José C. Orozco, David A. Siqueiros); otros artistas intentan recuperar, renovándolas, formas, colores y temas que se hundían en el pasado indio, negro, colonial (Rufino Tamayo, Pedro Coronel, Wilfrido Lam.)

En el ámbito académico hay una recuperación importante del pasado propio, auge de la arqueología, de la historia de las ideas, de la historia del arte. Se revaloriza, se vuelve a descubrir el esplendor de las grandes civilizaciones precolombinas y el claroscuro de la época virreinal (Ángel M. Garibay, Alfonso Caso, Silvio Zavala).

Esta recuperación de la propia cultura se orienta por varias concepciones generales acerca del sentido de la historia de América. Desvelada la inautenticidad de la cultura imitativa, la preocupación por la propia identidad da lugar a un mito colectivo: el mestizaje, entendido como fin y sentido

del encuentro de razas en el Nuevo Mundo y anuncio de una civilización superior (José Vasconcelos, Ricardo Rojas). Cobra importancia también otra corriente: el indigenismo. No pretende reivindicar a las culturas autóctonas para oponerlas a la occidental; lo que quiere es redimir a los pueblos indios de su postración al integrarlos a la cultura nacional mestiza. Pero, en la corriente indigenista, se da una unión original de la teoría social con la práctica educativa y política, a favor de la liberación del indio (Manuel M. Gamio, José C. Mariátegui, José Arguedas).

La reflexión sobre la identidad colectiva se vuelve propositiva y sistemática en el ensayo filosófico (Jorge Cuesta, Samuel Ramos, Augusto Salazar B., Leopoldo Zea, Octavio Paz). Algunos autores presentan la cultura occidental importada como inadecuada a nuestra circunstancia; la pregunta se dirige entonces a la posibilidad de una filosofía latinoamericana. Se trata de determinar características de un pensamiento singular distinto al europeo, en el cual encontraríamos nuestra propia vía a la universalidad.

El movimiento de búsqueda de la identidad nos liberó de la enajenación en formas culturales inauténticas, trató de adecuarse a la situación real y no desdeñó reinterpretar, a partir de ella, la tradición. Pero no rebasó el marco de un proyecto social y político: servir a la reafirmación de una nación unificada. Y justamente ese marco empezó a resquebrajarse en las últimas décadas.

#### **4. El momento actual**

La América Latina nace bajo el signo del Estado-Nación. La unidad del enorme espacio colonial se rompe; en su lugar se construyen naciones que se quieren soberanas hacia el exterior y homogéneas en su interior. La colonia española abarcaba una diversidad de naciones, de comunidades, de etnias.

Después de la independencia, los distintos países se rigen por una idea abstracta, importada de la modernidad occidental: a todo Estado debe corresponder una sola nación, a cada nación, un Estado. La confederación que propone Bolívar no pasa de ser un sueño. Los Estados nacionales levantan sus fronteras siguiendo divisiones administrativas de la colonia, no diversidades culturales y étnicas. El reto es entonces construir una nación en cada Estado,

lo que implica crear una cultura nacional. Los dos últimos momentos que acabamos de reseñar constituyen dos etapas en el mismo propósito. Pues bien, ese gran designio, que dio sentido a la evolución cultural de nuestros países, ha sido puesto en entredicho.

Por una parte, los Estados nacionales ya no pueden mantener intacta su soberanía frente al exterior. Tanto los gobiernos populistas como los dictatoriales buscaban afanosamente la autosuficiencia; sus medios eran la consolidación de una burguesía nacional, la sustitución de importaciones y el control estatal del mercado y de los movimientos sociales. Pero ese esquema se ha venido abajo. La economía se deterioró bajo el proteccionismo de Estado, la corrupción burocrática sustituyó a la eficacia y los servicios sociales se resquebrajaron. En algunos países, la alternancia de movimientos revolucionarios con dictaduras militares agravó aún más la crisis de un posible Estado con contenido social.

El cambio actual en la política económica y social es un intento de responder a esa crisis del Estado-Nación autosuficiente. Apertura económica hacia el mercado mundial, consolidación de un fuerte sector exportador, dependencia de las inversiones extranjeras, privatización de los servicios públicos, debilitamiento del Estado son características, entre otras, del fracaso del Estado-Nación autosuficiente y con contenido social. El término de la guerra fría tuvo también otra consecuencia: la desilusión del proyecto revolucionario; agonía de las guerrillas, por un lado, establecimiento de regímenes democráticos, de corte liberal, por el otro. Todo ello responde al fenómeno de “globalización” económica, política y cultural, reto inmediato para la persistencia de los Estados-Nación diseñados desde la independencia.

Si la globalización amenaza al Estado nacional desde el exterior, otro fenómeno lo pone en cuestión desde el interior: las reivindicaciones de los pueblos que lo componen. El debilitamiento del Estado con contenido social tiene otra cara: el fortalecimiento de los proyectos de autonomía de los pueblos que conforman la nación, sólo de nombre homogénea.

Los Estados independientes fueron obra de un grupo criollo y mestizo. Los pueblos indígenas no participaron en su constitución. Algunos aceptaron pasivamente el nuevo Estado, sin sentirse integrados en él, otros manifestaron su rechazo en numerosas rebeliones. Las antiguas comunidades indias, pese a las

políticas nacionales que intentaban destruidas, conservaban sus usos y costumbres, sus instituciones sociales, en una palabra, sus culturas, por más contaminadas que estuvieran por la cultura occidental. De gran interés para nuestro tema es el resurgimiento de esos pueblos, desde México hasta Bolivia. Se trata de un intento de revigorizar sus culturas, de renovar sus tradiciones, de expresar de nuevo su propia idea de una identidad colectiva. En muchos casos, ante la dispersión y la decadencia de muchos pueblos, se trata de reconstruidos. Los pueblos no intentan separarse del Estado nacional, pero sí exigen su autonomía, para asegurar el pleno respeto a sus formas de vida. En respuesta a esas reivindicaciones, ante los criollos y mestizos que construyeron el Estado-Nación se plantea el problema de la multiplicidad de culturas.

Los Estados nacionales se ven así acosados en dos direcciones: la globalización, por una parte, las reivindicaciones de los pueblos, por la otra. Esta situación no puede menos de reflejarse en el ámbito de la cultura. Al sacudirse la seguridad en la construcción de una cultura nacional, aflora la perplejidad, la incertidumbre sobre el rumbo que habrá de tomar.

Creo que podría traducir esa situación en un triple dilema:

1.- Dilema entre la alteración y el ensimismamiento; 2.- Dilema entre la homogeneidad y la diversidad cultural; 3. Dilema entre una identidad colectiva singular y una múltiple.

1) La mayoría de las culturas marginales o dependientes albergan una tensión en su seno: integrarse en la cultura, más amplia, de los centros dominantes o ser fieles a su modo de ser particular. La primera tendencia busca la universalidad, la segunda, la identidad. Cambiando ligeramente el sentido de palabras de Ortega, he dado un nombre a esas dos tendencias: “alteración” llamé a la primera, a la segunda, “ensimismamiento”.<sup>2</sup>

La tensión entre esas tendencias se ha convertido a menudo en un dilema insoluble, porque la búsqueda de la identidad suele responder a un falso planteamiento. La identidad cultural —se piensa— podría encontrarse al detectar rasgos que constituyen algo “propio”, “peculiar”, incomparable con otras culturas. Se supone la existencia de un núcleo propio, un “ser” verdadero por descubrir, oculto tras las máscaras inauténticas que hemos revestido. Esa realidad nos haría diferentes de otras culturas, nos daría consistencia frente a ellas. Esta idea está implícita, aun cuando no se declare, en todos los nacionalismos

culturales. Todos incluyen la afirmación de lo nacional por oposición a lo universal, y la valoración de lo propio por ser exclusivo.

Pero la vía hacia la identidad puede tomar otro rumbo: en lugar de buscar lo peculiar de una cultura, preguntamos por su autenticidad. La autenticidad tiene dos notas. Solemos llamar “auténtica” a una persona si a) las intenciones que profesa y, por ende, sus valoraciones son libremente asumidas y son consistentes con sus inclinaciones y deseos reales, y b) sus comportamientos (incluidas sus expresiones verbales) responden a sus intenciones, creencias y deseos. De manera análoga podemos llamar auténtica a una cultura cuando está dirigida por proyectos que responden a necesidades y deseos colectivos básicos y cuando expresa creencias, valoraciones y anhelos que comparten los miembros de esa cultura.

Lo contrario de una cultura auténtica es una cultura imitativa, que responde a necesidades y proyectos propios de una situación ajena a la que vive un pueblo. Pero si las formas importadas de los países dominantes pueden dar lugar a una cultura imitativa, no es por su origen externo, sino por no estar adaptadas a las necesidades de una colectividad, ni expresar sus deseos y proyectos reales, sino los de un grupo hegemónico en esa sociedad. Tan inauténticas es una cultura que reivindica un pasado propio, como la que reitera formas culturales ajenas, si el regreso al pasado no da satisfacción a necesidades y deseos colectivos, en la situación que ese momento vive un pueblo. En los países antes colonizados, tan inauténtico puede ser el retorno a formas de vida premodernas, “propias” pero que no responden a necesidades actuales, como la reproducción irreflexiva de actitudes y usos del antiguo colonizador.

La vía para encontrar la autenticidad en cualquier manifestación cultural no sería el descubrimiento de alguna realidad propia oculta, sino la asunción libre de fines y valores coherentes con la realidad. La identidad no sería un dato sino un proyecto.

Así concebida, una cultura auténtica no está presa en el dilema universalidad-particularidad. Porque no intenta ser singular ni se opone a culturas con mayor aceptación universal, sólo intenta ser fiel a sus necesidades y proyectos, los cuales pueden ser comunes a todos los hombres.<sup>3</sup>

2) Un segundo dilema nace de la ruptura de la nación homogénea. En ningún país hay una cultura única; siempre han estado presentes una multi-

plicidad de culturas, correspondientes a la diversidad de naciones, etnias, comunidades y regiones que lo componen. Sólo el poder del Estado ha impuesto sobre esa multiplicidad una unidad artificial, al promover la cultura de la nación o del grupo social hegemónicos. ¿Cultura nacional una o múltiple? preguntamos. El resurgimiento actual de los pueblos en el seno del Estado-Nación rompe ese dilema. En Indoamérica el renacer de las culturas autóctonas marca una nueva vía para una cultura nacional auténtica: el reconocimiento del multiculturalismo, el abandono de la arrogancia de una cultura mestiza pretendidamente única. Ello abriría una ventana hacia el enriquecimiento de nuestras culturas: en la influencia recíproca, creadora, entre formas culturales diversas; en la superación de la cultura occidental, en la escucha consciente de las voces no occidentales que a veces nos hablan de valores olvidados.

Tanto la renuncia a una singularidad que nos distinga, como el reconocimiento de la multiplicidad de culturas obligan a plantear de una manera nueva el tema de la identidad nacional.

3) La conciencia de la identidad colectiva cumple una función: integrar a los individuos y grupos a una comunidad, satisfacer así su necesidad de pertenencia, dar un valor y un sentido a la vida colectiva. Esa función se realiza en la vida de la cultura, no puede suplida la dominación política del Estado. Todo Estado abarca diversas etnias, naciones, comunidades. Las identidades culturales son igualmente diferentes, corresponden a cada espacio comunitario. La invención de una realidad oculta, presupuesta en la cultura nacional, es un mito que ha disvirtuado la creación cultural en nuestros países. Esa realidad no existe, porque la nación, unificada por el Estado, es una conjunción de muchas realidades culturales distintas.

La identidad nacional es, por lo tanto, múltiple. Multiplicidad, en primer lugar, de las diversas culturas étnicas, nacionales y locales que configuran el país. Multiplicidad también en un segundo sentido. Recordé que la identidad puede verse como una representación unitaria de nosotros mismos, en la que tratamos de integrar lo que elegimos ser con lo que somos, de modo que nuestra proyección de fines y valores incide en la situación histórica y nos permite interpretar la tradición. Pues bien, en una sociedad compleja, las elecciones de fines y valores difieren en los distintos grupos sociales. A cada proyecto corresponde una visión diferente del pasado; cada uno propone una

representación diferente de la identidad colectiva. La historia nos muestra cómo se han contrapuesto, a menudo con extrema violencia, concepciones encontradas de la identidad de un pueblo. Y esa diversidad se manifiesta en diferentes maneras de ver y expresar la cultura. En un Estado-Nación no existe una identidad consistente; toda identidad colectiva es múltiple y variable.

La aceptación de una identidad múltiple transfiere el anhelo de unidad y coherencia, a la voluntad política; pasa de la nación, que se reconoce diversa, al Estado. En cuanto ciudadanos de un Estado común, las personas integradas en diferentes espacios culturales, pueden acordar sus voluntades en un proyecto de política cultural común. El lazo de unidad, en la multiplicidad de expresiones culturales, no estaría en los rasgos de una realidad común que subyaciera en todas ellas, sino sólo en la cooperación entre todos en propósitos colectivos compartidos; pertenecería a la voluntad de convivencia en un sistema político; su agente no sería, por lo tanto, el libre creador de cultura sino el ciudadano de un Estado. El tiempo de la búsqueda de una identidad nacional habría pasado, podríamos hablar ahora, tal vez, de una “identidad ciudadana”.

Universalidad o singularidad cultural, multiplicidad de culturas y su unidad, identidad múltiple y tal vez vacía: son las cuestiones —creo yo— en que se debate la actual cultura latinoamericana.

## Notas

\* Este trabajo fue presentado en el Tercer Congreso Internacional de Filosofía Intercultural, realizado en Aachen, Alemania, en noviembre de 1999. Una traducción al alemán con el título “Tradition un Innovation in der lateinamerikanischen Kultur” fue publicada en *Kulturen zwischen Tradition und Innovation*, Raúl Fornet Betancourt (Hrsg.), Frankfurt/M. IKO Verlag, 2001.

1. *¿Existe América Latina?*, México, F.C.E., 1945, p. 226.

2. J. Ortega y Gasset, “Ensimismamiento Y alteración”, en *Obras Completas*, t. V, Madrid, Revista de Occidente, 1964. Utilicé esos términos, aplicándolos a la cultura iberoamericana en “¿Es posible una comunidad filosófica iberoamericana?”, *Isegoría*, 19, Madrid, dic. 1998.

3. Sobre la distinción entre cultura “propia” y cultura “auténtica”: Luis Villoro, “Sobre la identidad de los pueblos”, en *Estado plural, pluralidad de culturas*, México, Paidós, 1998.